



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Los relatos reunidos en *Damas, caballeros y planetas* conforman lo que podríamos llamar un volumen de «cuentos escogidos». Escritos a lo largo de los últimos quince años, si algo tienen en común es que no son de este planeta, literalmente, pues están ambientados en los rincones más absurdos de la galaxia, como Rethrick, escenario de muchas de las historias de esta colección y germen de donde brota el universo en permanente expansión de Laura Fernández.

Como frondosas novelas en miniaturas, cada uno de estos cuentos contiene infinitos mundos dentro de un mundo que no es exactamente este que habitamos pero se le parece de una extraña manera. Allí, embarcados en desopilantes situaciones y peripecias, encontramos a detectives mutantes que deben resolver un crimen en una fiesta asesinato, limoneros que quieren ser investigadores, aburridos dinosaurios oficinistas que sueñan con crear historias, cafeteras



RANDOM HOUSE

bombardeando a sus dueños con anuncios publicitarios, autodirigibles que no saben permanecer callados, reporteros fantasmas convertidos en estrellas del periodismo *post-mortem*, pensiones para espectros, celebridades que encargan hombres por correo, un flautista que encanta ratas y niños a cambio de dinero para reparar su maltrecha dentadura, y alienígenas y terrícolas en insólita convivencia intergaláctica. Y por cada recoveco de este universo repleto de pasadizos que conectan una historia con otra, están los escritores: consagrados o aficionados, y siempre algo chiflados porque no les gusta demasiado aquello que ven y, aun así, se empeñan en contarlo pasándolo por el tamiz de una imaginación que a la vez lo inventa todo.

Además de algunos cuentos que han sido editados previamente en revistas y antologías, y un prólogo y una serie de notas adicionales de la propia autora, el volumen incluye la *nouvelle* inédita *El mundo se acaba pero Floyd Tibbts no pier-*

de su trabajo, en la que un ridículo corresponsal, de vacaciones en una estación de esquí, queda al margen de la pandemia del Catarro Interminable junto al resto de huéspedes, y sus crónicas de la vida en el resort, una suerte de crucero en tierra firme, se vuelven terriblemente populares en toda la galaxia. El recorrido por estos cuentos escogidos concluye con otra pieza escrita expresamente para la colección y protagonizada por un personaje habitual en la obra de Fernández: la escritora de misterio Sandy McGill, Gran Dama del Crimen Absurdo, que en esta ocasión planea viajar por primera vez a otro planeta, pero para lograrlo tiene que acabar antes con su célebre detective. Y qué mejor modo de conseguirlo que hacer que el personaje que tanto tiempo lleva habitando en su cabeza deje de existir solo en los libros y se convierta en alguien real. Tan real como lo son todas las criaturas de una galaxia impredecible en la que la ficción reescribe a la realidad y la realidad, en fin, no existe sin ella.



RANDOM HOUSE

CLAVES DE LA OBRA

Algo más de una década atrás, en 2008 para ser precisos, Laura Fernández se daba a conocer con *Bienvenidos a Welcome*, una primera novela que devino obra de culto, y a la que le siguieron títulos como *La Chica Zombie*, *El Show de Grossman* y *Connerland*, y la consagración con *La señora Potter no es exactamente Santa Claus*, un brillante artefacto literario que ha sido galardonado con los premios El Ojo Crítico, Las Librerías Recomendadas, Premio Finestres de narrativa en castellano y Kelvin 505. A lo largo de todo este tiempo, y entre la escritura de una novela y otra, las historias de Fernández a su vez han proliferado en forma de cuentos o, como ella misma los define, miniaturas de novelas que, editadas en pequeñas publicaciones y antologías, muchas veces enlazan entre sí a través de personajes, escenarios, un estilo inconfundible y un imaginario en común que bebe de la ciencia ficción, la novela detectivesca, el terror y la cultura popular norteamericana.

Compuestos a la luz de las lecturas, las influencias literarias, los procesos de escritura de largo aliento y de las experiencias personales que mudan en ficción, los cuentos reunidos en *Damas, caballeros y planetas* son, en ocasiones, un homenaje, una reescritura disparatada o la oportunidad de conceder protagonismo a una de las tantas criaturas que pueblan una galaxia de confines inciertos e incontables abismos que, historia tras historia, Laura Fernández ha ido expandiendo al ritmo de una inventiva y un sentido del humor que no se detiene ante nada ni nadie. Con sus intrigas y enredos donde una situación desencadena otra en una secuencia absurda, cada relato es un pequeño mundo entregado a su propia deriva, al mismo tiempo que en un juego de alusiones, guiños metaliterarios y encantadoras *mise en abyme*, aquí y allí se abren compuertas que nos llevan de un rincón a otro de un universo minuciosamente construido que nace tanto de



RANDOM HOUSE

la imaginación como de la capacidad para observar la realidad y reinventarla en forma de ficción. Entre alienígenas de tres ojos, dinosaurios que se comportan como seres humanos, objetos parlantes y pandemias galácticas, está claro que, al igual que los pasajeros del tren del cuento «Maldita seas, Doris Dane», hemos sido transportados a una dimensión que no es la nuestra, pero tampoco, del todo ajena porque, una y otra vez, los porosos límites entre lo real y su representación saltan por los aires de la mano de escritores y periodistas sin quienes, como dice uno de los personajes de *El mundo se acaba pero Floyd Tibbts no pierde su trabajo*, nada existiría ni habría existido si ellos no hubiesen tomado nota.

Desde la comicidad y una lengua exuberante que se reafirma en el artificio, Laura Fernández cuestiona la naturaleza misma de la realidad y los relatos que contamos en una selección de cuentos

que conectan con la totalidad de su obra a través de estos temas, un sinfín de detalles y ante todo, de historias que muchas veces giran en torno a los sueños, decepciones y fracasos de unos personajes extravagantes que no acaban de encajar en este ni en otro planeta. Acompañan a cada uno de estos cuentos una serie de textos escritos por la autora que no solo permiten asomarnos a la cocina de su escritura, sino también trazar un amplio mapa de influencias que van de Philip K. Dick a Douglas Adams, pasando por John Fante, Kurt Vonnegut, Richard Brautigan, Robert Sheckley y Miguel de Cervantes, entre tantos otros más. A través de estos textos, se va tramando a la par una reflexión sin desperdicio acerca del oficio de escribir y la ficción como refugio, la creación, el mercado y la consciencia de lo literario en un escenario, el español, donde Laura Fernández ha sabido construir un lugar propio a base de audacia, imaginación y enormes dosis de talento.



RANDOM HOUSE

LOS PERSONAJES

En los cuentos reunidos en *Damas, caballeros y planetas* nos encontramos con escritores, periodistas, actrices, detectives, fantasmas, flautistas, comerciantes y un desopilante desfile de alienígenas, terrícolas y objetos que hablan. He aquí algunos de los personajes más destacados de esta colección de relatos y del universo de Laura Fernández.

FLOYD TIBBTS

El protagonista de la *nouvelle* que abre este volumen es un granjero del espacio y escritor cuyas columnas en el *Albinus Evening Standard* apenas cuentan con lectores. En el resort de esquí al que ha ido a pasar unas vacaciones en familia bastante desastrosas, ningún huésped lo toma muy en serio porque, al fin y al cabo, ¿qué hace un escritor? ¿Se queda en casa escribiendo mientras el resto se dedica a cosas importantes como extraer petróleo, fabricar artilugios, poner ortodoncias o rellenar libros de cuentas? A estas y otras tantas preguntas se debe enfrentar el reservado Floyd hasta que, por un golpe de suerte, la pandemia del Catarro Interminable lo convierte en el cronista más popular de toda la galaxia y último referente de una especie profesional en vías de extinción.

KIMMIE BUMPUS

Kimmie está al frente de una fábrica de simpáticos hombrecitos de jengibre que son su mejor compañía hasta que se deshacen. Personaje de fama intergaláctica, Kimmie se siente en el fondo ridículamente insignificante, como Floyd, con quien traba una relación secreta en medio de la pandemia que los aísla en un resort de esquí.



RANDOM HOUSE

ROBBIE STAMP

Robbie Stamp es la escritora terrícola más famosa de la galaxia, autora entre otros éxitos de *Paraíso 23*, libro de culto para muchos de los personajes de estos relatos. En Robbie Stamp, además de una figura hecha a medida de Rethrick y la galaxia entera, tenemos a un álgter ego de Laura Fernández.

SANDY MCGILL

Escritora de novelas de detectives, la protagonista del cuento «Sandy McGill nunca ha viajado a otro planeta» es mejor conocida en la Tierra como la Gran Dama del Crimen Absurdo y cuenta entre sus fans con Francis Violet McKisco, personaje de *La señora Potter no es exactamente Santa Claus*. Figura recurrente en la obra de Fernández, en el cuento que protagoniza, la escritora es invitada a la Academia de Escritores Robbie Stamp, una oportunidad única para viajar a otro planeta, siempre y cuando antes consiga librarse de su creación más célebre, el detective Abe Susan.

ELWOOD TRIVIAN

Elwood es periodista. Y también, un fantasma que vive, dónde si no, en una pensión para espectros. Porque en el mundo que habita existe algo llamado periodismo *post-mortem* y aún después de muertos a los redactores les toca seguir escribiendo sin parar.

STEVIE WOMBLE

Stevie es la precozmente famosa autora de las aventuras del señor Steggles, protagonizadas por su oso de peluche y un éxito literario adaptado a la gran pantalla. El padre de esta niña es el escritor Merryn Womble, que después de muerto se ha instalado en una pensión para fantasmas desde donde sigue escribiendo sus novelas de fantasmas, por supuesto. Padre e hija intercambian cartas y tienen una relación tan imperfecta como deliciosa. Se dice que la madre podría ser la mismísima Robbie Stamp.

MELISSA WIDDMEN

Esta atractiva e inteligente detective intergaláctica es fruto de la inventiva de Robbie Stamp, que crea este personaje para su obra de misterio *La señorita Slope ha muerto*, mencionada originalmente en la novela *Connerland*, e incluida en este volumen de cuentos.



RANDOM HOUSE

FRAGMENTOS

UN MUNDO HECHO DE INFINITOS MUNDOS

«La manera en que Atticus y Carstairs Tibbts podían estar al corriente de todo eso tenía que ver con su propia incomprendibilidad. A menudo Floyd creía que sus hijos tenían algún tipo de privilegiado acceso a todo aquello que se cocía bajo la superficie del mundo, oh, en realidad, de todos aquellos mundos. Eran un par de exploradores del inconsciente colectivo que ni siquiera sabían qué era el inconsciente colectivo. Podría decirse que, de alguna forma, habían nacido allí. Que no se limitaban a otear bajo la alfombra que cubría aquello que, para cualquiera, era la única (REALIDAD) posible, sino que existían allí dentro, es decir, en todas aquellas otras posibilidades. De ninguna otra manera iban a haber podido inaugurar aquel día aquella escandalosamente rentable (LIMONADERÍA PLUMOSA), esto es, aquel asunto de las estatuillas heladas comestibles que no eran otra cosa que limonada sólida y ridículamente emplumada».

«¿Y acaso tenía Floyd Tibbts lo suficiente sobre lo que escribir, teniendo en cuenta que allí arriba, estuviese donde estuviese aquel paradisíacamente helado lugar, las cosas seguían siendo como habían sido siempre, y nadie iba aún a todas partes en su propia cama ni se engullían pastillas desesperadamente? Oh, aquellas pastillas no tenían nada que hacer, pues el catarro parecía, de alguna forma, estar vivo, y esquivaba sus efectos inventándose nuevos síntomas, de lo más ridículamente imaginativos, cuyo único fin era mantener a su huésped, al paciente, acatarrado sin remedio. ¿Y hablaba Tibbts de ellas? ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Ni siquiera sabía que existían! De lo que Tibbts hablaba era de la envidiable vida de otra época que los llamados Náufragos de la Estación Kleeman, es decir, todos ellos, estaban llevando a costa de los lectores del *Albinus Evening Standard* y, por extensión, hasta el último habitante de la galaxia que no había tenido la fortuna de hacer coincidir sus vacaciones en aquella estación de esquí con el primer estornudo de Clarence Vine



RANDOM HOUSE

Motthow. Porque, si bien en un primer momento, buena parte de la población de todos aquellos mundos se había dicho (¡JA!) (¿EN SERIO?) (¿DE VERAS PRETENDEN QUE NOS CREAMOS QUE ESA GENTE NO ESTÁ EN CAMA COMO NOSOTROS?) (¿ACASO EXISTEN SIQUIERA?) (Y, EN EL CASO DE QUE LO HAGAN, ¿POR QUÉ HABRÍA DE IMPORTARME LO QUE SEA QUE ESTÉN HACIENDO?), al cabo, aburridos de no hacer otra cosa que toser, enjugarse sus, en algunos casos, montones de ojos llorosos, y tratar de salir a cenar en cama para no poder hacer otra cosa que sorber un plato de sopa, o su equivalente en el planeta al que aquella cosa con montones de ojos perteneciese, habían empezado a seguir las crónicas de aquel (GRANJE-RO DEL ESPACIO) con tanto interés como habían seguido hasta entonces las conexiones diarias con la sala de estar de aquel Clarence Vine».

«Floyd aún no se había creído que aquel Nuevo Mundo no sólo lo tenía en cuenta, sino que lo había convertido en lo único que veía, porque ¿no estaba Su Realidad, de alguna extraña forma, cubriendo La Realidad? ¿No era lo único que permitía, como había escrito aquel crítico, un alguien llamado Austin Freudy Bluffs, “apagar el murmullo, incesante, insoportable y, en cierto sentido, ridículo, de la Muerte”?»

«En aquel tiempo, y pese a los impedimentos, pese a aquel mundo que había pasado de horizontal a vertical, en un sentido colectivo, y de vertical a horizon-

tal en un sentido individual, pues los edificios de apartamentos se habían convertido en pequeñas poblaciones, con sus pequeños supermercados y sus pequeños bares, sus bibliotecas y sus pequeñas consultas médicas, y los individuos habían dejado de caminar, o lo hacían tan eventualmente que raro era conocer a alguien nuevo que no estuviese arrebujado en su cama, o tratando de volver a ella, Rawlins se había casado y había tenido tres hijos. Por las noches, metidos en la cama, Rawlins les contaba a sus tres hijos historias sobre cómo era la vida cuando Los Estornudos No Existían, y los niños no perdían detalle, maravillados ante la posibilidad de que no existiesen los escalofríos, la congestión nasal y el picor de garganta. No podían creérselo y a la vez no querían hacerlo, ¿salían, en aquel tiempo, a la calle sin más? ¿Dejaban la cama en casa? ¿No temían que la fiebre les alcanzase en el momento más inoportuno? ¿De qué hablaban los adultos si no hablaban de cómo Morton Wilson estaba jugándoles aquel día una mala pasada, o dejándoles, por una vez, en paz? Por más que Rawlins les dijese, los ceños de los tres pequeños, sus diminutos e ingenuos ceños como alfombrillas pelirrojas, se fruncían inevitablemente. No entendían en qué consistía exactamente aquel (OTRO MUNDO). Creían que aquel (OTRO MUNDO) consistía en lo que hacían los niños Tibbts en Jannie Klee-man, todo tipo de cosas delirantemente incomprensibles. (NODOTOS NO DABÍAMOS, PAPÁ), le había dicho en una ocasión Wilbur, el pequeño, refiriéndose a que ellos serían incapaces de tener aquel tipo de ideas descabelladas y,



por lo tanto, no iban a estar nunca preparados para aquel (OTRO MUNDO) que les parecía, por completo, ficticio».

«Durante el tiempo en que la realidad que describía Floyd Tibbts en sus crónicas, y que reimaginaban, desde infinidad de puntos de vista, articulistas de toda la galaxia expertos en leer entre líneas, cubrió la realidad suspendida de los Acatañados, estos, convertidos en espectadores de un mundo que había decidido continuar sin ellos, que los había encerrado en casa y había empezado a (CRECER) allí fuera y a empequeñecerles, contemplaban aquello que los niños Tibbts habían dado en llamar el (EL ESPECTÁCULO) del (MUNDO PERDIDO). La sensación, durante aquel tiempo, había sido la de que no tenían por qué preocuparse, ni ocuparse de sus propios asuntos, hasta que aquella cosa se fuese. Oh, por supuesto, aquella cosa podía no irse. Pero si no se iba, lo más probable era que fuesen ellos los que se fuesen. La razón de que los primeros días, aquellas crónicas, las crónicas de Floyd Tibbts, hubiesen pasado desapercibidas, oh, el éxito del primer volumen recopilatorio no podía explicarse sin esa pequeña alteración, tenía que ver con el miedo. Los primeros días, la galaxia había contenido el aliento. Se había dicho a sí misma (OH, QUERIDA, ASÍ ES COMO LA COSA TERMINA)».

«Harl se sujetaba con firmeza a la barra de metal que recorría el vagón con una mano mientras con la otra trataba de mantener abierto su ejemplar de Paraíso 23, el libro que estaba leyendo. Pero el vaivén

del tren era tan exagerado que resultaba imposible. Flanqueado por una pequeña y perfumada dependienta de Timequake, los grandes almacenes del centro, que aún vestía el uniforme de trabajo, y por un joven con granos que no dejaba de resoplar (FUF FUF FUF), Harl Bish se imaginó teletransportado al salón de su casa, o, mejor, al salón en el que se encontraba Jim Crow, el protagonista de Paraíso 23, en aquel preciso instante. Era un lugar agradable, decorado por la mejor decoradora de interiores de Paraíso, el planeta al que se había mudado tras el éxito de su primera novela, la historia de un mecánico que asesina y suplanta a Santa Claus. Un agradable salón con aspecto de cabaña en el que no se escuchaban llantos de bebé ni se interrumpía la lectura de un clásico de la ciencia ficción para poner la mesa».

«El Robpop no era un restaurante de lujo. Al menos, no lo era para los terrícolas que viajaban en el autocohete que conducía la aburrida Gretty Madison. En realidad, el Robpop era un dinner directamente importado del Medio Oeste norteamericano. En él se servían hamburguesas, perritos calientes, tortitas y cafés aguados. De hecho, era una camarera terrícola llamada Shelly quien los servía. Estaba en el Robpop cuando el restaurante fue importado. Ella y Big Ed, el cocinero.

No les había costado adaptarse a la vida en Rethrick.

Después de todo, el planeta era una copia exacta de la Tierra.

Sólo que sus habitantes tenían tres ojos».



RANDOM HOUSE

PERO ¿QUÉ ES UN ESCRITOR?

«Estamos cenando en el salón principal. La mesa es una mesa enorme. Hay un montón de comensales desconocidos charlando de sus cosas. Sus cosas son importantes. O, cuando menos, comprensibles. Regentan comercios. Fabrican artilugios. Atienden a pacientes. Dan clase. Rellenan libros de cuentas. Colocan ortodoncias. Sirven copas. Organizan todo tipo de eventos. Sonríen a la cámara. Construyen casas. Pero ¿qué es un escritor? ¿De qué puede charlar un escritor que resulte comprensible a aquellos que hacen cosas importantes y comprensibles? Un escritor apenas puede alzar la voz cuando decide confesar a qué se dedica, porque sabe que lo que seguirá será un curioso, en aquel majestuoso contexto, partido de tenis, en el que la pelota es aquella palabra (ESCRITOR) que ninguno de los presentes acaba de entender del todo bien».

«(¿DESCUBRAN TODO LO QUE ESE FLOYD TIBBTS JAMÁS SE ATREVERÍA A CONTAR DE LA VIDA SIN MOTTHOW!), que resultaban, en todos los casos, de lo más absurdamente macabras y ridículas, ¿y logró alguna de ellas la (FAMA) que Tibbts había empezado a amasar sin darse cuenta, tan preocupado como estaba por Cars-tairs, y la chica Bumpus, por el (DINERO) que iba a deberle a aquel (HOTEL) y por su accidentadamente preocupante día a día? ¡No, por supuesto que no! Eran las crónicas de Tibbts las únicas que triunfaban allí abajo, en todos aquellos otros mundos, y no únicamente porque

se considerasen las únicas (CIERTAS), pues, ciertamente, había otras que también lo eran, sí, aquellas otras cabeceras habían acabado por dar con otros posibles escritores que en ningún caso lo eran en realidad, más bien creían que podían serlo, porque parecía sencillo, ¿no? Uno no tenía más que sentarse a escribir lo que fuese que hubiese visto, podía limitarse a inventariar pulcra y comprensiblemente sus movimientos, y entregar una crónica, pero ¿por qué entonces ninguno de ellos triunfaba? ¿Por qué nadie se los tomaba en serio? Oh, puede que se los tomaran en serio, pero no les importaban lo más mínimo».

«Estaba temblando. Hacía frío. Habría querido que no lo hiciera. Y por una vez pensó que si fuera como aquel tipo podría conseguir que no hiciera frío. O, al menos, podía conseguir que nadie recordara que había hecho frío. Fue entonces cuando dijo aquello. Fue entonces cuando dijo:

—Supongo que por fin lo he entendido. Nada existiría ni habría existido si nadie hubiese tomado nunca nota, ¿verdad?».

«Stevie publicó la primera entrega de las admiradas aventuras del señor Steggles cuando sólo tenía siete años. Para entonces, ya era toda una pequeña celebridad en la Academia. No hacía otra cosa que escribir y leer. Su compañera de habitación, la pequeña Jennie Garth, se sentía a la vez afortunada y maldita. Afortunada por pasar las noches con la famosa Stevie Womble, que, desde luego, sabía quién era, y eso ya era todo un privilegio. No



RANDOM HOUSE

era sencillo que Stevie recordase quién era nadie, tan abstraída como estaba siempre en cualquiera de sus otros mundos. De ahí que fuese habitual que, para el resto, Jennie fuese simplemente conocida como *Esa chica que duerme con Stevie* o *La compañera de habitación de Stevie*. Pero no era esa su maldición. La maldición era haber descubierto que para ella existía algo más en el mundo que aquel montón de papel en blanco y que, el hecho de que existiera, la convertía en una especie de impostora. Mientras ella escribía una frase, Stevie era capaz de, en voz alta y de una manera del todo inconsciente, de manera meramente lúdica, trazar el chispeante argumento de una de las novelas del señor Steggles, y aquel argumento, que, en el mejor de los casos, sería poco más que *atrezzo* en su historia, era mejor que cualquier cosa que jamás se le hubiese ocurrido a Jennie, era mejor, sospechaba, que cualquier cosa que pudiera ocurrírsele en el futuro».

«En un primer momento, cuando las luces se apagaron, Stevie sintió la tentación de cerrar los ojos y dormirse. Los sueños a veces daban lugar a estupendas historias. ¡Así no perdería el tiempo! Habría hecho que su padre no se metiese en ningún lío acudiendo al estreno y aprovecharía el tiempo soñando, se dijo. Y estaba a punto de cerrar los ojos cuando vio al señor Steggles, a Wyckoff Farmingdale en realidad, en la pantalla. ¡Por todos los dioses galácticos! ¡Aquel tipo, fuese lo que fuese, era el señor Steggles! ¡Hablabla! ¡Se movía! ¡Escribía! Stevie miró alrededor. ¿Estaba toda aquella gente viendo lo mismo que ella? ¿En

aquel mismo instante? ¿Cómo era posible? ¿No había crecido Steggles en su cabeza? ¿Cómo demonios podía haber salido de ella? ¿Qué hacía allí? ¿Cómo era su vida? ¿Tenía una vida? Stevie jamás se había siquiera atrevido a soñar con poder charlar con uno de sus personajes, y mucho menos que tanta gente estuviese leyendo una de sus historias a la vez, ¡porque eso era lo que estaban haciendo! Stevie trató de concentrarse en la trama, aunque le resultó imposible. En lo único en lo que podía pensar era en aquello que en una ocasión le había dicho la señorita Hazzard, Leslie Hazzard, sobre la realidad. Un buen escritor, había dicho la señorita Hazzard, no debía nunca perder de vista la realidad. Después de todo, había dicho la señorita Hazzard, no hay nada más ficticio que la propia realidad. ¿Había estado ella, durante todo ese tiempo, subestimando las posibilidades de la realidad? ¿A qué se había referido la señorita Hazzard exactamente aquel día? ¿Era la realidad otra invención? ¿De quién, exactamente?»

«Respecto al asunto ese de las películas, pequeña, ¿qué quieres que te diga? No sé exactamente a qué se refiere la señorita Hazzard pero te diré una cosa, una vez intenté seguir a una terrícola y su vida era tan aburrida que tuve que inventarme una historia de amor para que algo tuviera sentido.

Supongo que tuvo sentido porque si no tú no estarías hoy aquí.

La realidad es sólo un escenario, pequeña, no tiene ningún sentido.

Y todo lo que no tiene ningún sentido es puro aburrimiento.



RANDOM HOUSE

Por suerte, tenemos nuestras máquinas de escribir y nuestras libretas, ¿verdad?».

«—Oh, no. Aunque en realidad podría decirse que sí. —Luzz se retrepó en el asiento—. ¿Qué sabes de los escritores, Jack?

—Que están chiflados, Luzz.

—Es lo más probable, ¿y sabes por qué?

—No, Luzz, ¿por qué?

—Porque no les gusta lo que ven, Jack».

«Al principio había parecido una buena idea. ¿Qué escritor no querría poder charlar con uno de sus personajes? Después de todo, los escritores sólo hablan consigo mismos cuando escriben. ¿Y quién no querría no sólo poder hablar consigo mismo sino poder salir consigo mismo y hasta poder bailar consigo mismo siendo, como era la propia Sandy McGill, una escritora, y una escritora solitaria, una escritora a la que, como a la propia Robbie Stamp, nadie jamás había entendido, a menos que aquel detective torpe de Señora Berthelson, que no tardó en desaparecer, contara? A Sherman Emmett, su agente, no le había costado nada convencerla. Será estupendo, le había dicho. Imagínate, le había dicho. Salir a cenar con Abe Susan. Sólo tendrá preguntas. Querrá saberlo todo».

«Es decir, ¿acaso había vuelto Sandy McGill a pensar siquiera en escribir desde que Abe Susan había aparecido e inundado su vida de posibilidades? Oh, no, por supuesto que no. ¿Y era siquiera en Abe Susan en quien pensaba cuando lo veía? ¡Imposible! ¿De qué forma podía pensar

en Abe Susan si a quien estaba viendo era a Carrick Fergus? Lo más extraño de todo aquello había sido el proceso de dislocación. Es decir, supuestamente, aquel tipo había salido de su cabeza. Era su personaje. Oh, el resto de escritores la envidiaban. ¡Poder charlar con uno de tus personajes! ¿No era acaso como charlar con ella misma? ¿Pero un ella misma sublimado? ¿Un ella misma deseado? ¡En absoluto!, querría poder gritarles Susan McGill. Lo que ocurría con aquel Dubba Fox, no olvidemos, modelo (ASISTENTE), era que nada tenía que ver con el verdadero Abe Susan. Oh, tenía su aspecto, sin duda, pero no era él. Era aquel otro tipo».

«Podría decirse que un escritor es un ente cambiante, algo así como un alguien subido a un árbol muy alto, en un bosque repleto de árboles muy altos, en el que la tierra, oh, la realidad, queda a miles de pies de distancia. ¿Que qué debe hacer para no caer si pretende no caer y seguir en movimiento? Tomar una liana tras otra, esto es, tomar un personaje tras otro. ¿Personajes? ¿Y por qué no historias? Oh, ¿no son acaso la misma cosa? Porque la historia es lo que rodea a, en este caso, Sandy McGill, y, en cualquier otro caso, a cualquier otro escritor, y surge alrededor del personaje a quien Sandy, o ese otro escritor, habita en cada ocasión, y no puede no ser, en realidad, una reinterpretación de lo que sea que esté viviendo en ese mundo que queda a miles de pies de distancia, y que se refleja en las copas de esos árboles muy altos en los que Sandy McGill, y todos los demás, discuten consigo mismos, siendo otros, para no estar, nunca estar, solos».



RANDOM HOUSE

«—Abe, sí. ¿Sabes, Dean? Creo que los escritores nacemos con un cierto número de (FUUUUUF) gente dentro. Pero el aspecto que esa gente va a tener depende de cómo creemos encajar en el mundo —dijo Sandy y, después de una pequeña pausa en la que el cigarrillo empequeñeció de repente para que pudiera abandonarlo, añadió—: Esa gente, Dean, no somos más que nosotros mismos mirando el mundo».

CRIATURAS DE OTRO PLANETA

«Floyd Tibbts salía de aquella habitación con aspecto de cabaña que compartía con su mujer, el tal Ralph, sus hijos y aquel condenado perro lunar. Su tristeza y su rabia eran tan extremas que parecía que caminaban junto a él. Una se miraba los pies, la otra apretaba los dientes. Maldita sea, se decían la una a la otra. Encontrarían a aquel perro lunar, y le librarían de lo que fuese que estuviese padeciendo, porque no dudaban, aquella tristeza y aquella rabia, que podrían haberse llamado, pongamos, Herbie y O'Rourke, si hubiesen sido algo más que tristeza y rabia, si hubiesen sido un par de tipos que caminaban junto a Floyd Tibbts, aquel maloliente gorro, su anotador, la novela de Keith Whitehead que asomaba del bolsillo de su abrigo, aquella cosa titulada El señor Silver tenía un aspecto atroz, y la certeza de que jamás existiría nadie en el mundo tan condenadamente solo como él, no dudaban de que aquel perro, Timmie Spitfire, padecía».

«—He salido con buenos chicos y buenas chicas que creían que entendían en qué consistía el asunto de los inventos. Les parecía divertido. Les parecía que algo no existía y luego existía porque yo lo había creado. ¿Te suena? Pero ¿sabes qué? Si la noche en que tú estabas creando algo que antes no existía y que iba a existir después, ellos decidían que había que salir a cenar porque hacía demasiado que no salíais a cenar y que tú ni siquiera te vestías adecuadamente para salir a ninguna parte y que tampoco salías desde hacía demasiado a ninguna parte, dejaba de parecerles divertido que pudieses crear cosas que antes no existían. ¿Entiendes lo que quiero decir, granjero? A mis hombreritos de jengibre nada nunca les parece mal. Aunque nada les parece bien tampoco. Simplemente están ahí. Van conmigo hasta que se deshacen. Siempre les resulta interesante porque todo lo que no tiene que ver con el jengibre les parece interesante. Y son condenadamente listos. ¿Y sabes por qué lo son? Porque se sienten ridículamente insignificantes. Como tú y yo».

«—¿Y qué será lo siguiente, sustituirnos a todos por muertos adiestrados? —se preguntó Lisa Mae.

—No —sentenció Ronnie, poniéndose en pie—. No pienso permitir que ese engreído del demonio acabe con nuestra profesión.

Las chicas le miraron sorprendidas. Era la primera vez que el orondo reportero levantaba la voz por encima del resto. Una de sus pequeñas antenas temblaba, la otra se mantenía firme, decidida a salir airoso de aquella ridícula situación.



RANDOM HOUSE

Porque era una situación ridícula.

¿En qué clase de mundo viviríamos si los muertos pudieran sustituir a los vivos en sus puestos de trabajo? ¿En un mundo de redacciones vacías?»

«—Uh, esto, ¿ha dicho usted que escribe? —Brenton alzó la cabeza y la miró por primera vez directamente a los ojos. Vivian le devolvió la mirada, suspicaz.

—¿Tiene algún problema con los escritores, señor...?

—Oh, Sharp. Y no, no tengo ningún problema con los escritores, sólo trato de asegurarme de que no va usted a devolver a Globbie.

—¿Globbie?

—El autodirigible.

—¿Globbie?

—Oh, es su nombre. Globbie Pendleton.

Vivian frunció el ceño.

—No es un autodirigible parlanchín cualquiera, señorita Louis, es, bueno, especial.

—¿Cómo de especial?

—Habla más de la cuenta.

Vivian le miró divertida.

Rompió a reír.

Sobre su cabeza aleteaban cientos de banderines de colores y sobre ellos la ciudad flotante por la que circulaban los mastodónticos dirigibles Tazzo que formaban parte de la flota de transporte público de Wyoming Pete, y, moviéndose entre ellos como bancos de diminutos peces, se encontraban los autodirigibles domésticos.

Algunos de ellos hablaban y otros no.

Algunos de ellos llevaban a tipos como Walter Vreeland a la oficina y

otros cargaban con una pequeña familia de wyomingpetianos. Todos parecían felices».

«—Oh, olvidé decírtelo, Charles. La muerta es la señorita Slope.

—¿La señorita Slope? ¿Una muñeca?

—No, Charlie, la verdadera señorita Slope.

—¿Existía una verdadera señorita Slope?

—Eso parece.

—¿Fabricaba ella todas esas muñecas?

—No, su marido.

—Eran horribles.

—Sí.

—Ni siquiera podían patinar. No tenían pies normales. ¿Qué eran aquellos pies, Mel? Parecían escalones.

—Eran escalones».

«Harl Bish no era Jim Crow, el protagonista de *Paraiso 23*, la novela de Robbie Stamp que había estado leyendo de cualquier manera agarrado a la barra de metal del Vagón Herrick aquella noche, mientras trataba de volver a casa, pero se parecía más a él de lo que se parecía al resto de los terrícolas en aquel preciso instante. Estaba en otro planeta. Y sus habitantes le habían invitado a cenar.

—¿Puede creérselo? —Harl parecía feliz—. ¡Vamos a cenar con extraterrestres!

La diminuta dependienta le miró aterrorizada.

—¿Qué? —preguntó Harl—. ¿No le parece fascinante?

La dependienta se enjugó una lágrima.

El adolescente con granos resopló (FUF)».



EL OFICIO DE ESCRIBIR SEGÚN LAURA FERNÁNDEZ

«He aquí pues la forma en que los cuentos que siguen, un puñado de historias escritas entre 2009 y 2023, aparecieron, un buen día, y se convirtieron, cada vez, y durante un tiempo, en algo parecido a un hogar. Porque eso, diría, son para mí las historias. Cada una, una acogedora cabaña desde la que contemplar lo que ocurre fuera. Lo que ocurre fuera es, como decía, lo que sea que me atormenta en ese momento sin que, a veces, llegue a saberlo hasta que no acaba, ese momento y lo que me atormenta, dentro de una historia. En ese sentido, existe una diferencia, y es una diferencia enorme, entre un cuento y una novela para mí. La novela, en tanto buque en el que embarcar, y pasar años, en el que atravesar, como océanos inextinguibles, largos y mutantes periodos de tiempo, periodos de tiempo en los que batirse ante una alucinante y siempre inesperada serie de abismos, contiene una cantidad ingente de ese tipo de momentos y tormentos. Su barroquismo es un barroquismo acumulativo. El cuento es, sin embargo, una mariposa que aletea en un frasco. Una travesía por completo controlada pues, en el cuento, a diferencia de en la novela, vislumbro con facilidad la otra orilla, esto es, el lugar al que me dirijo, el destino. Eso no evita que crezca y, a menudo, se desborde, pues no concibo la escritura de un relato como otra cosa que como la escritura de una frondosa novela en miniatura, un mundo dentro de un mundo que se explora a sí mismo como se explora un territorio desconocido, misterioso,

fascinante, infinito, tan real como la vida que, por fortuna, ha quedado fuera, sin haberlo hecho en realidad, porque lo que hace es contenerla, encantarla».

«Instalado en la pensión para fantasmas de Dorrie Louis, Elwood llama a la revista de la que se considera el redactor estrella, sí, *Rocketbol Amazing Times*, para decirles que no piensa dejar de trabajar aunque esté muerto. ¿Sátira salvaje sobre la precariedad del mundo del periodismo? Uhm, juzguen ustedes mismos. Por entonces, mientras escribía ese relato y trataba de encontrarle sentido a terminar *Connerland*, era mayo de 2013, tenía treinta y un años, me ahogaba en un mar de facturas sin pagar, las colaboraciones menguaban, y estaba a punto de volver a ser madre. ¿Y de veras ese tipo pensaba seguir escribiendo estando muerto? ¿Por qué? Quiero decir, ¿no va a dejar que los demás puedan, oh, en realidad, podamos tratar de, no sé, sobrevivir? Sí, a veces un cuento es un grito de auxilio, pero siempre, en mi caso, es uno divertido, y que pasa por completo inadvertido a su autora hasta que ese tiempo, el que sea, ha pasado».

«Siempre me han fascinado los objetos. Tiendo a imaginar que tienen algún tipo de vida interior. Supongo que como niña solitaria que solía ir a todas partes acompañada de muñecos, primero, y libros, después, tendía a decirme que sólo ellos sabían por lo que habíamos pasado. Quería creer que teníamos ¿qué? ¿Recuerdos compartidos? Uhm, algo parecido. Un objeto dice tanto de nosotros que, en algún sentido, es parte de nosotros. Sam, el



RANDOM HOUSE

marciano de plástico que va a todas partes con Chrissie Cattcher —una de las coprotagonistas de *Connerland*—, es una representación de su subconsciente. O, mejor, la niña que no puede dejar de ser, en algún rincón de ella misma. Chrissie cuida de él, le cuenta lo que está pasando, comparte su mundo, y, al hacerlo, se lo explica a sí misma, a esa parte de ella que nunca ha entendido demasiado bien en qué consiste nada».

«Recuerdo con toda claridad cuándo empecé a escribir este relato. Era una fría noche de diciembre. Yo volvía a casa en el tren. Iba de pie, tratando de leer. El tren no dejaba de moverse. Me dije: Y pese a todo, no quería estar en ningún otro lugar. ¿Por qué? Porque en casa me esperaba (UN BEBÉ). En realidad, ya no era un bebé. Era un niño de tres años, revoltoso y divertido, insaciable. Me dije: Imagina que desapareces. Ahora mismo. Que este vagón es abducido y acaba en algún otro planeta. ¡Podrías acabarte el libro! ¡A lo mejor esta misma noche! Todo debe ser tan desastroso en ese otro planeta como lo es aquí, ¿verdad? Imagina que se equivocan. Y, claro, os tienen que mandar de vuelta. Pero no saben cómo ni cuándo. Y mientras, tú puedes leer. ¡Puedes terminarte el libro! ¡No tienes que cambiar un solo pañal! ¡JA! ¡Ni llegar a casa! “Maldita seas, Doris Dane” contiene, a su manera, toda la frustración de la madre solitaria con un bebé a cargo a la espera de la llegada de alguien que la libre de él unos ridículos minutos, o, con suerte, toda la merecida noche. Y a la vez, contiene la de esa misma madre disfrutando de su nunca

suficiente tiempo libre de vuelta de, por supuesto, el trabajo. Contiene, en realidad, una pequeña historia de amor interrumpida».

«Leí *El Quijote* antes de leerlo. Lo leí traducido, desmembrado, reinterpretado, reescrito, elevado en incontables e instantáneos clásicos de lo extravagantemente posmoderno y simplemente absurdo. Cuando finalmente lo leí, me di cuenta de que todos aquellos a los que admiraba habían admirado antes a un tipo que, qué demonios, había nacido en mi país, y había jugado a deformar —y ampliar— la realidad desde su propia realidad mental —ese otro mundo en el que leer demasiado es existir apasionadamente, porque la vida imaginada siempre será superior a la real—, y lo había hecho tan libérrima y salvajemente que lo había inventado a la vez todo».

«Los cuentos son para mí una especie de abismo al que sigue una colección de pequeños y fascinantes abismos encadenados. Una sucesión de trampas que me tiendo, curiosa y encantadamente, a mí misma, para no hacer otra cosa que tratar de escapar. El proceso de escritura es siempre de una imprevisibilidad adictiva. Yo soy la propia historia, preguntándose hacia dónde se dirige».

«Porque no existe en España una conciencia de lo literario como una especie de admirable ente vivo al que alimentar y fortalecer, un pequeño animal salvaje de tantas cabezas como golpeadores de teclas decidieron en algún momento detener su mundo para contar una histo-



RANDOM HOUSE

ría. Una historia que, demonios, existe no por sino pese al mercado, un mercado que tiende a verse como fin cuando debería usarse como medio para que ese ente vivo, al que podríamos llamar (LITERATURA ESPAÑOLA), creciese tan admirablemente como debería. Y tuviese una puerta de entrada que nada tuviese que ver con la posición que ocupa aquel que entra sino con su talento. El relato toma el pulso de un momento. Un momento en la vida de su autor, y también, del mundo que le rodea. No hay posibilidad de saber el momento que atraviesa la literatura de

un lugar —sus, como poderoso ente vivo, inquietudes y futuros presentes posibles— si no se le tiene en cuenta. Porque la literatura no es algo que pueda fabricarse, es algo que crece, y que necesita poder hacerlo sin miedo, y con la certeza de que aquel al que se dirige está buscando algo que brille. Pero no en el sentido en el que brillan las monedas, sino en el que lo hacen las pinceladas que abren un nuevo camino en la obra común, uno desesperada e inmediatamente necesario para que aquello que podríamos llamar (LITERATURA ESPAÑOLA) siga creciendo».



RANDOM HOUSE

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Los cuentos de Laura Fernández transcurren en escenarios imaginarios de la galaxia y están protagonizados tanto por humanos como por alienígenas y otras criaturas improbables. La ciencia ficción y la fantasía son una enorme influencia en una narrativa que, tal como explica la autora en el prólogo, cuenta aquello que ocurre o ha ocurrido de una forma u otra pero no exactamente así. ¿Cómo es el vínculo entre realidad y ficción en la literatura de Laura Fernández? ¿Se puede trazar un límite entre lo real y lo imaginado o esta distinción salta por los aires en su narrativa?
2. En los cuentos de esta colección, y comenzando por la pandemia que se expande por la galaxia en *El mundo se acaba pero Floyd Tibbts no pierde su trabajo*, encontramos muchos elementos que nos remiten a nuestra realidad pero que han sido distorsionados a través de la ficción. Por contra, una de las huéspedes del resort de esquí desde donde Floyd Tibbts escribe sus crónicas, dice que nada existiría si los escritores no tomaran nota del mundo. ¿Qué opináis de esta afirmación? ¿Diríais que hay una relación de doble dirección entre lo real y su representación?
3. Floyd Tibbts es escritor pero, rodeado de gente que hace cosas importantes como fabricar artilugios, atender pacientes o llenar libros de cuentas, siente una inmensa incomodidad a la hora de explicar una profesión que nadie parece entender ni tomarse demasiado en serio. ¿Cómo retrata Laura Fernández a los escritores, una figura recurrente en sus cuentos? ¿Tienen rasgos en común o cada uno encarna diferentes modelos de escritor? ¿Y cómo son vistos por el resto de personajes?
4. Junto a los escritores, los periodistas son otros de los personajes habituales en los cuentos de Laura Fernández, que además de escribir ficción tiene una larga trayectoria en el periodismo. ¿Por qué pensáis que los periodistas ocupan un lugar destacado en los cuentos? ¿Existen muchas diferencias entre ellos y los escritores o se trata de personajes que desempeñan papeles similares o intercambiables? ¿Cómo se relacionan unos y otros con la realidad y la imaginación?



RANDOM HOUSE

5. Floyd Tibbts, Sandy McGill, Elwood Trivian, Stevie Womble... En los cuentos de *Damas, caballeros y planetas* los personajes que escriben se cuentan por decenas pero hay también muchos lectores. Teniendo en cuenta tanto los relatos como los comentarios de la autora, ¿cuál es el rol de la lectura en las vidas de los personajes? ¿Qué nos dicen los cuentos respecto a la influencia de la ficción sobre la realidad? ¿Nuestras lecturas pueden moldear el mundo que habitamos?
6. Evocando su infancia, la autora cuenta que de niña acarrea una máquina de escribir porque crear historias era el modo de escapar hacia otras realidades. Para Kimmie, la fabricante de hombrecitos de jengibre de *El mundo se acaba pero Floyd Tibbts no pierde su trabajo*, sus inventos son una manera de crear lo que antes no existía, y también, una forma de compañía. La escritora Sandy McGill, en cambio, tiene la percepción de que los personajes que brotan de su imaginación pueden convertirse en una carga. ¿Qué ideas acerca de la creación artística o literaria circulan en la obra?
7. Los personajes de los relatos de Laura Fernández tienen sueños y deseos. Globbie, el autodirigible de «Aborrecer a Lester J. Murray», es un objeto parlanchín que aspira a ser escritor de ciencia ficción; Leon Wiseman, el dinosaurio oficinista de «Claus, y el señor Duggan», fantasea con cambiar su gris y aburrida vida; y en «¿Bisontes? ¡Ja!», el flautista Auliffe Scrubbs desea una dentadura perfecta. ¿En los cuentos los sueños y anhelos se realizan o, por el contrario, se trata de historias que giran en torno a la decepción y el fracaso?
8. Además de acariciar un buen puñado de sueños, muchos de los personajes fingen ser algo distinto de lo que realmente son, como Carl y Merry Lou que en «Ensillaré mi caballo (oh, Lou)» simulan ser un caballero y su caballo. ¿Por qué la necesidad de fingir ser otra cosa está tan presente en los cuentos? ¿Las razones para fingir son siempre las mismas? Y entre lo fingido y lo auténtico, ¿se puede establecer una línea divisoria?
9. Siguiendo con los personajes, ¿todos ellos encajan en el mundo que habitan? ¿Qué sucede en los cuentos con la amistad, el amor y la soledad?



10. Junto a humanos, mutantes, dinosaurios y alienígenas, en los cuentos reunidos hay una galería de objetos que hablan. ¿Qué papel tienen estos objetos? ¿Por qué cobran importancia en el universo de la autora e incluso pueden tener voz?
11. Los personajes de *Damas, caballeros y planetas* se caracterizan, entre otras cosas, por contar con nombres extravagantes que remiten a la cultura anglosajona y no se rigen por las convenciones de género. ¿A qué atribuis esta elección? ¿Y qué efecto producen los nombres en el lector?
12. Con novelas dentro de novelas, guiños metaliterarios y personajes que viajan de un cuento a otro, la obra de Laura Fernández hace de la literatura un tema en sí mismo. A la luz de sus cuentos y de los textos que los acompañan, ¿qué importancia se les concede a las influencias literarias? ¿Son carga o inspiración? ¿Cómo se relaciona la autora con ellas desde su escritura?
13. En el texto que precede al último cuento, «Sandy McGill nunca ha viajado a otro planeta», la autora habla del proceso de escritura de sus relatos y los abismos y trampas que se tiende a sí misma para que la historia avance. ¿Podrías señalar alguno de esos abismos?
14. En un momento en el que la llamada «literatura del yo» tiene una enorme presencia en el panorama literario, la propuesta de Laura Fernández parece dejar de lado la expresión autobiográfica y anclar en el terreno de la pura ficción. A lo largo del prólogo y las notas que acompañan a los cuentos, sin embargo, la autora menciona en varias ocasiones que en sus ficciones vuelca muchas veces experiencias personales. Teniendo en cuenta tanto los relatos como los textos introductorios, ¿cómo se articula en su obra la relación entre literatura y vida?
15. Lectora voraz, Laura Fernández dice, hablando de Philip K. Dick y otras influencias de la ciencia ficción, que este género le ofreció la posibilidad de escapar a realidades alternativas y delirantes que desde la fantasía



describían mejor que cualquier obra realista el mundo en que vivimos. ¿Estáis de acuerdo con esta apreciación? ¿Pensáis que podría aplicarse también a la literatura de Laura Fernández? ¿Encontráis allí un mundo imaginado en el que, sin embargo, os reconocéis?



RANDOM HOUSE

LA AUTORA



© Noemí Elías

LAURA FERNÁNDEZ (Terrassa, 1981) es autora de seis novelas: *Bienvenidos a Welcome* (Elipsis, 2008), *Wendolin Kramer* (Seix Barral, 2011), *La Chica Zombie* (Seix Barral, 2013), *El Show de Grossman* (Aristas Martínez, 2013), *Connerland* (Literatura Random House, 2017) y *La señora Potter no es exactamente Santa Claus* (Literatura Random House, 2021), galardonada con los premios El

Ojo Crítico de Narrativa, Las Librerías Recomiendan, Finestres y Kelvin 505 y nombrada como uno de los libros de año por *La Vanguardia*, *ABC* y *El Mundo*. También es periodista y crítica literaria y musical, y actualmente escribe principalmente en *El País*, aunque en el pasado ha colaborado en una infinidad de medios. Tiene dos hijos y un montón de libros de Philip K. Dick.



RANDOM HOUSE

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *LA SEÑORA POTTER NO ES EXACTAMENTE SANTA CLAUS*

«Deliciosa, emotiva, loquísima, la primera obra maestra de una Nueva Era. Puro talento. Me voy a hartar de regalarla».
Sara Mesa

«De esto va la nueva novela de Laura Fernández: de inventar, de crear, de renunciar a ser, de soñar con ser».
Laura Barrachina, *El Ojo Crítico*

«Consigue que tus neuronas entren en combustión cuando te das cuenta de que lo que emerge es una reflexión DEMOLEDORA sobre cómo los humanos creamos ficciones para sobrevivir».
Jorge Carrión, *La Vanguardia*

«Hay en los libros de Laura Fernández una apelación a todas las formas genuinas de placer lector. Y eso lo consigue con una lengua que no existía antes de ella».
Nadal Suau, *El Cultural*

«Laura Fernández es la Tarantino de la novela española».
Najat El Hachmi

«Una novela donde perderse y encontrarse para experimentar la más melancólica de las alegrías o la más eufórica de las nostalgias».
Rodrigo Fresán

«Cada capítulo de esta novela es una sorpresa y un regalo, pero no como los que se acumulan a los pies del árbol de Navidad, sino como esos mágicos de verdad que transportan a un territorio desapacible que reconocemos [...] porque al fin y al cabo se parece mucho a nosotros».
Sònia Hernández, *La Vanguardia*

«La novela, digámoslo ya, es prodigiosa: monumental e íntima, gélida y cálida, pizpireta y tristísima, fácil y difícil, de una pureza infantil pero terriblemente adulta. Es decir, audaz y contradictoria, que es a lo que debería aspirar la literatura».
Miqui Otero, *El Periódico*

«En definitiva: una novela sobre lo increíblemente raro y asombroso que es estar vivo».
Lucía Lijtmaer

